

EVOLUCION Y CONDUCTA: UNA PROPUESTA METODOLOGICA

TOMÁS R. FERNÁNDEZ
JOSÉ CARLOS SÁNCHEZ
Universidad de Oviedo

Quizá por envidia esta ponencia trata de remedar algunos de los rasgos básicos de la literatura de viajes.

Pretendemos relatar aquí algo así como un viaje exploratorio emprendido por un grupo de personas de la Universidad de Oviedo y que ha durado ya unos dos años (amén de las aventuras previas independientes de cada miembro de la actual expedición). La cartografía con la que contábamos en el momento de la partida era sólo pasable. Pero un buen explorador tiene en cuenta todos los mapas que pueda aunque sea con la intención de modificarlos. La esencia misma y el valor de su esfuerzo se plasmará en el resultado final de un mapa bien hecho.

Pero nada puede sustituir al propio viaje, al recorrido de los lugares y a las incertidumbres de la exploración hecha siempre como un diálogo con los mapas. Por eso no queremos limitarnos ahora a describir lo que hemos visto sino recrearnos un tanto en las peripecias. O sea, que ésta es una ponencia de esas que se denominan "metodológicas".

Intentar entender la Psicología a través de su Historia sólo se consigue haciendo dicha Historia, porque en cuanto uno siente haber dibujado alguna mínima figura de la primera, algo empieza a modificar su visión del pasado. Pero al fijar o dar forma a esos cambios de perspectiva, las estructuras mismas de la Psicología empiezan a cobrar a su vez otro sentido. Poco a poco se da uno cuenta de que no está dando una versión "objetiva" del pasado, sino usando un criterio funcional, casi estético, de coherencia interna. Y sin embargo no se trata de viajes de la imaginación, porque, al igual que en las montañas, resulta imposible atravesar por un punto donde no haya realmente un paso.

Esta realimentación supone, pues, no tanto la mera aplicación de principios o presupuestos ya dados, cuanto su reformulación. Hay, sin duda, que partir de una Historia ya dada u organizada, aquella que aparece en los textos, artículos, etc., y que forma parte del patrimonio de los Psicólogos con el mismo título que el contenido de otros "saberes" disciplinares (en Aprendizaje, en Percepción, en Psico Fisiología...).

No obstante, parece irremediable asumir que esa Historia ya hecha cuenta con un conjunto de esquemas que, irremediablemente, deben ser considerados como relatos míticos de carácter gremial, relatos que entre otras cosas sirven a los propósitos de afirmación o identidad del propio gremio (de los psicólogos en general y de los historiadores en particular). Son materiales sin duda muy

importantes, pues ninguna disciplina puede partir de la nada o estar ejerciendo una especie de continua refundación.

De ahí que la tarea (la exploración) que durante estos dos últimos años hemos estado intentando llevar a cabo sea circular y de continuo tanteo. Cuando se intenta entender a la Psicología desde su historia se producen desajustes, cosas que no cuadran y que empujan a un tipo de tarea que, de hecho, rompe la aparente y clara dicotomía entre presentismo y relativismo (o historicismo). En efecto, no se trata de que los contenidos de la Historia adquieran su interés y su sentido en la medida en que anuncien o prefiguren los temas y las afirmaciones actuales de la Psicología, pues ésta sólo empieza a ser comprensible desde su historia, que se convierte así en un instrumento crítico y no en un mero bagaje culto para usos de lustre académico. La historia no es una crónica o fotografía objetiva del pasado que quepa mejorar simplemente en su nitidez o resolución. No hay Historia neutra entre otras cosas porque el pasado no se puede fotografiar, ya que -por definición- ya no existe. Existen sus productos, sus restos, pero están aquí y no pueden escapar a la contextualización y al juego de rompecabezas a que les somete el presente. Dicho de otro modo, pertenecen de pleno derecho a la estructura del presente. Por eso la estructura del relato histórico ha de ser construida desde criterios que, como decía, deben ponerse a prueba por el grado de coherencia que sean capaces de introducir.

Estas afirmaciones están muy lejos del presentismo, en el cual nada de la Historia puede rectificar ya el sentido del presente. Las rectificaciones, en el presentismo, sólo pueden ocurrir al revés, de modo que cualquier esquema histórico está siempre condenado a ser la variable dependiente.

El historicismo, por su parte, tiene la pretensión de poder reproducir el "nicho histórico" donde cada fenómeno cobra sentido, con lo cual pierde ante todo el sentido del presente, desde el cual, irremediamente se reconstruyen -y no se "reproducen"- las claves contextuales de los hechos (es decir, los restos) históricos.

Cualquiera podría estar tentado de clasificarnos como "historicistas del presente" o acusarnos de "relativismo presentista". Pero este relativismo se desvanece si se confía mínimamente en la Psicología y en su evolución, no meramente en su transformación o cambio. Pues si el presente puede ser contexto de comprensión para el pasado es porque somos de verdad el resultado de aquel, de igual modo que en la filogénesis orgánica el sentido de las series se reconstruye desde el conocimiento o la referencia de los estadios últimos. Tiene sentido afirmar que la anatomía del hombre puede funcionar como referencia para la anatomía del mono en razón de la descendencia desde una forma común.

El postulado de la evolución de una ciencia es hoy día un postulado muy fuerte pues evoca de forma irremediable a la denostada idea de "progreso". Reconocemos que es difícil comprometerse a tanto, por muchas razones. La primera de ellas es la dificultad para definir el propio criterio valorativo desde el cual construir la escala. Esta razón es de principio. Otra más "empírica" son las propias dificultades que otras ciencias sin duda más consistentes (la Física) tienen para formular o conceptualizar un progreso que

resulta mucho más intuitivo (aunque sólo sea por las profundas transformaciones materiales a que ha dado lugar). El problema está en que nadie puede escapar o salirse de su propio presente y un juicio sobre el progreso parece requerir una instancia objetiva que lo sobrepase e incluso lo juzgue.

Sin embargo, hay criterios de evolución que quizá no tengan que comprometerse con ese atemporal e inasible concepto de "progreso", y es la idea de continuidad y de filiación de las estructuras, de modo que se despeje la a menudo aparente desconexión de los temas, los problemas, los momentos... Quizá todas las ciencias deberían perseguir criterios internos de progreso del tipo de los que parecen funcionar sin problemas en ciencias como las matemáticas: criterios constructivos que tienen que ver sobre todo con la potencia de una estructura para recoger y dar cuenta de las anteriores. No se trata de defender una versión formalista de las ciencias, porque eso eliminaría, a la hora de ver su desarrollo, precisamente aquellos contenidos que son específicos y que la definen como una forma peculiar de saber. Más que a estructuras formales parece que habría que referirse, por tanto, a estructuras de problemas y de soluciones, porque si no se hace así se está traicionando a la materia misma de la historia particular que uno tenga entre manos.

Esto cuestiona, a su vez, el sentido de la dicotomía tan utilizada entre historia interna e historia externa. Cada historiador puede hacer la historia que considere válida en función de sus inclinaciones o sus propios esquemas. Pero ésta es una cuestión secundaria. La Historia, como disciplina, no tendrá luego más remedio que intentar conjugar esos trabajos si quiere ser coherente, y volverá a chocar con esa dicotomía que se presenta como excluyente.

Ahora bien, el problema del punto de vista internalista es siempre su peligro de no reconocer el carácter institucional que sin duda posee el proceso de construcción de toda disciplina científica. En el externalismo, por el contrario, el peligro es similar al que apuntábamos más arriba respecto al formalismo, pues el externalista busca o encuentra la coherencia de la historia de una disciplina fuera de aquello que es su argumento propio (la estructura de sus problemas y sus soluciones). Es imprescindible, por tanto, encontrar un esquema que no permita tal dicotomía, y el camino, a nuestro juicio, empieza por revisar la acritica y poco menos que vacía constatación del carácter social de los desarrollos científicos. No decimos que sea falsa, sino "vacía". Todo son instituciones sociales, pero unas son muy distintas de otras, entre otras cosas porque la dinámica de una institución también está regida por sus contenidos propios y por las exigencias estructurales de esos contenidos. Esto no es sólo referible a las ciencias, sino a la economía, la religión, los clubes deportivos... No es posible hacer la historia de nada sin definir una especie de argumento propio, sólo respecto al cual es incluso planteable la cuestión de cómo influyen otros factores institucionales o sociales bien definidos. La elección de "paradigmas" o términos similares para caracterizar el trabajo de una época, de una corriente, de un grupo, etc., es interesante pero vacío si se reduce a ese sentido de tendencias sociales. Esa es, a nuestro juicio la debilidad de Watson y sus "prescripciones". Al estar propuesta como una rejilla de "actitudes psico-sociales" nos quedamos sin conocer la propia estructura de los eventos

históricos. Las prescripciones son 18 pares aunque nunca se sabe por qué: ellas mismas no están siendo sometidas a análisis. Es más que dudoso que no pudieran o debieran ser comprendidas ellas mismas, es decir, organizadas, por ejemplo, en torno a núcleos más fuertes. Decir que son actitudes psico-sociales impide su análisis a otro nivel, un análisis que debiera revelar su lógica interna (no en el sentido formal sino como estructura conceptual). Pues bien, este análisis no puede hacerse sin más "a priori", porque supone el recorrido por el propio material histórico y solamente se revela y se reformula a través de él. En la "rejilla" de Watson (que en su forma típica de uso no se reestructura, sino que a lo sumo puede aumentar por adición de nuevos pares), nos parece que los pares no son en absoluto equivalentes, que no poseen el mismo nivel. Pero si esta cuestión de su estructura no se plantea, lo que queda sin estructura es el propio material histórico, o si se quiere la Historia misma.

PSICOLOGIA Y EVOLUCION

Nuestro trabajo de grupo, el que queremos presentar aquí, no ha consistido, en absoluto, en discutir estas cuestiones (aunque, irremediablemente, a veces hayan aparecido), sino más bien ejercitarlas.

Dicho trabajo partió con un ámbito de problemas relacionado con la influencia de la Teoría de la Evolución en la Teoría del Aprendizaje, cuestión en la que algunos de nosotros habíamos ya trabajado. Desde un punto de vista histórico se trataba de buscar los orígenes de las tareas propias de la Teoría del Aprendizaje para reconstruir la filiación de los problemas.

En un tema como éste puede parecer en principio que el camino, al menos en lo que se refiere a dificultades de orden conceptual, ha de ser una vía trillada, pues no hay, a juicio de la mayoría, filiación más clara. Se trataría simplemente de la tarea erudita de rellenar o aclarar eslabones.

Sin embargo, no fue así en absoluto: la tarea está llena de paradojas nada triviales que a menudo nos han hecho sentirnos en un verdadero laberinto. Nada nos pareció más superficial que la aparente lógica de las "crónicas" históricas al uso que no van más allá de la secuencia cronológica de los hechos para hacerla pasar por Historia. Sin duda esa "crónica" ha de tomarse en cuenta, pero sólo como un dato que, en general, no hace sino demostrar la irremediable conciencia oscura de unos actores que desconocen en gran medida el sentido del drama. Quienes trabajan en una ciencia van construyendo el sentido de ésta, y no puede ser conocida, por tanto, más que en las consecuencias, la mayoría de las cuales no son, en absoluto, inmediatas. Por eso el sentido sólo se revela como Historia.

En nuestro caso el planteamiento tuvo ya desde el principio el tinte de una paradoja:

¿Cómo es posible que todo el Funcionalismo y la Teoría del Aprendizaje se consideraran a sí mismos tan evolucionistas y sin embargo llegaran a situar su trabajo en las antípodas de la Teoría de la Evolución?. No hay más remedio que suponer principios dinámico-estructurales que están trabajando por debajo de las intenciones expresadas de los actores.

Cuando se empiezan a considerar las distancias entre el marco evolucionista y el Aprendizaje, más que de una continuidad se siente uno

obligado a hablar de una ruptura. Y sin embargo, como veremos, tampoco esta definición es nada clara.

Un material de partida enormemente pertinente para estudiar el problema era la polémica entre la Etología y la T. del Aprendizaje, enfrentamiento que -como se sabe- está lejos de haber acabado aunque hoy adquiriera nuevas formas, muchas de las cuales (quizá las dominantes) son de acercamiento más que de exclusión mutua. Este mismo hecho engrosa o enriquece las condiciones del problema: los intentos de conciliación reafirman la comunidad histórica de Psicología y Evolución, pero siguen atrapados por ciertas e irreductibles condiciones. En efecto, los intentos de conciliación siguen siendo fallidos en cuanto a la elaboración de un esquema teórico coherente y comprensivo, y además los puntos oscuros remiten a los mismos viejos lugares, al asunto del instinto por ejemplo.

Históricamente es curioso que el instinto desapareciera tan pronto entre los psicólogos que parecían seguir una línea darwinista. ¿Cómo puede construirse una concepción evolutiva sin un concepto de "instinto" o alguno equivalente que lo reemplace? Sin duda hubo muchos intentos para reemplazarlo (toda la teoría de la motivación encierra este sentido), pero la T. del Aprendizaje se alejó cada vez más. Esta transformación, no obstante, no puede juzgarse como arbitraria o externa.

Algo había en la concepción de Darwin y de los primeros Psicólogos Comparados que más que abrir el camino a la Psicología parecía cerrarlo y quizá por eso hubieron de hacer una limpieza. Siguiendo esta idea fuimos estudiando las condiciones bajo las cuales se daba la teoría del instinto en el marco darwiniano. Al hacer esto surge inmediatamente el problema del lamarkismo, un recurso explicativo que en el propio Darwin encierra la exigencia de mantener la realimentación entre ontogenia y filogenia, ya que sin un lazo entre ambas no hay Teoría de la Evolución.

Esta constatación obvia lleva, no obstante, a un sinfín de problemas más que de soluciones.

En efecto, cabe entender que la T. del Aprendizaje se alejara de la evolución al olvidar ese lazo, y a su vez este abandono de la filogenia podía explicarse por el hecho de la crítica a la solución lamarkista por parte de los propios biólogos. Teníamos un dato que parecía claro, y es la aparición de la obra de Weismann coincidiendo con el último período de la vida de Darwin. En ella se proponía la nueva versión del darwinismo ("neo-darwinismo") que impedía cualquier influencia de los cambios en el "soma" sobre el "plasma germinal". El más importante de los Psicólogos Comparados, Morgan, hizo suya muy pronto la crítica al lamarkismo y fue, como se sabe, muy influyente en los primeros trabajos de Thorndike, que inauguran la Psicol. del Aprendizaje como tal.

Muchas cosas parecían en principio cuadrar con esa pieza histórica: no sólo los hechos "brutos" sino también su interpretación teórica. Nos explicaremos:

En efecto, es fácil aceptar que si ciertos psicólogos de vocación evolucionista como eran los Funcionalistas se quedaron sin un puente de unión entre los fenómenos de la filogenia y la ontogenia, decidieran trabajar sólo con

esta última. Ahora bien, nadie, y menos toda una disciplina de gran éxito histórico como es el Aprendizaje, fundamenta su trabajo sobre la resignación o sobre el reconocimiento de una ignorancia. Por otro lado, el problema de la unión entre filogenia y ontogenia no es nada simple: una aparente unión entre ellas es la teoría del "drive", ya que al menos los impulsos primarios representan a la especie. Lo malo del "drive", como muchos vieron, es que encerraba todas las tautologías del concepto mismo de "instinto" al cual venía a sustituir. Por lo tanto se mezclaban dos cosas que eran, sin duda, dos caras del mismo problema: las dificultades intrínsecas (y antiguas) del concepto de "instinto" y la ausencia del lazo de unión entre filogenia y ontogenia que postulaba la teoría de la selección natural. Pero en este punto hay que tener en cuenta que ni el concepto de "instinto" ni otros relacionados restablecen en realidad esa unión tal como debe exigirse: sólo se refieren a la presencia de la filogenia en los procesos ontogenéticos, pero no dicen nada de la vía contraria, aquella que sí tenía presente el lamarckismo, y que obliga a plantearse la influencia que la ontogenia tiene en la filogenia. Lamarck y todos los que siguieron vías parecidas suponían que las actividades del organismo pueden llegar a transformarse en herencia, es decir, en instinto. De este modo son las peripecias ontogenéticas las que van marcando las rutas de la filogénesis, el proceso general adaptativo. Esta vía es a su vez, como se ve, demasiado fuerte, aunque en sentido contrario, ya que prácticamente hace depender a la filogénesis de la ontogénesis. La prudencia de Darwin estaba en proporcionar fuentes filogenéticas de variación en la propia sustancia hereditaria (variación al azar), con lo que trataba de paliar el exceso lamarckista.

Por tanto, con la caída del lamarckismo era como si se rompiera en realidad uno de los dos extremos de un puente: es decir, éste no puede cumplir sus funciones de paso. La vía del concepto de "instinto" o de "drive", además de sus contradicciones (su continuo peligro de tautología) no soluciona en realidad el problema y por eso la línea más coherente (no decimos ahora si "verdadera" o "falsa") era la de su abandono.

Todo esto es, por supuesto, una justificación del proceso histórico de transformación interna del Funcionalismo y, por supuesto, del paso al Conductismo. Encaja con muy diversos materiales históricos y empuja a una utilización lo más amplia posible del esquema. Pero no podía, como veremos enseguida, ser satisfactorio por completo. Nuestra justificación de la Historia producía la tranquilidad lógica de pensar que los desarrollos de la propia disciplina no son incongruencias o arbitrariedades científicas producidas por las modas del momento.

Ahora bien, como decía, esta justificación de la historia tenía que convivir con un "detalle" molesto: el propio sentido de la teoría de la Selección Natural quedaba en el aire. ¿Cómo era posible que la coherencia de la Psicología se basara en el abandono de las exigencias de la Selección Natural?. Era necesario mantener a la vez dos cosas contradictorias: la independencia de la Psicología y la validez de la selección natural.

Durante bastante tiempo nos dedicamos a la cuadratura del círculo, y ocurrió lo que ha ocurrido siempre en la matemática o en la física con los

intentos de solución de problemas imposibles, y es que termina uno descubriendo muchas cosas antes de darse por vencido y replantear la cuestión.

Esta es la reconstrucción de nuestra visión: el lamarkismo ofrecía una falsa correspondencia entre Psicología y Biología que pronto los biólogos rechazaron. Muchos psicólogos se resistieron porque no querían, lógicamente, perder su perspectiva evolucionista (Paulov, McDougall, Stanley Hall, Freud...). Los que se decidieron a trabajar con independencia de dicha perspectiva, es decir, los Psicólogos del Aprendizaje, siguieron el buen camino y contribuyeron a asentar la independencia de la Psicología como disciplina. Pero todo esto, como digo, exigía (de nuestra parte) darle muchas vueltas a la propia Teoría de la Selección Natural para ver cómo dentro de sus propias condiciones puede haber la independencia de la Psicología. El estudio de la obra de Darwin, del surgimiento y avatares del neo-darwinismo y la Genética, de su reformulación en la Teoría Sintética a partir de los 40, del nacimiento y desarrollo de la Etología y del fenómeno de la Sociobiología (todo dentro de los límites de nuestras fuerzas), nos proporcionó de primer momento un esquema explicativo que, no obstante, acabaría por cuadrar mal con las piezas del rompecabezas. A grandes rasgos, el esquema utiliza una constatación (que seguimos considerando válida), y es el carácter circular de las interpretaciones geneticistas de la selección natural neo-darwinistas y de la Teoría Sintética. La circularidad es frecuentemente reconocida y resulta molesta a los propios biólogos, aunque es dudoso que hayan encontrado una salida. En nuestra otra ponencia conjunta se entra más a fondo en el problema. Aquí nos limitamos a presentarla de forma más bien escueta. Consiste en definir la adaptación directamente en términos de eficacia reproductiva. De este modo la evolución se explica por la reproducción de los más adaptados, pero como la adaptación se mide por la eficacia reproductiva, la evolución, según ello, se producirá porque se reproducen más los que más se reproducen.

Una característica fundamental de dicha tautología es que hace una especie de "caja negra" con todo lo que realmente le interesa al psicólogo, es decir, con las actividades de los organismos. Eso de hacer cajas negras es muy frecuente en las ciencias, porque no tienen más remedio que delimitar y definir un ámbito más o menos concreto de estudio haciendo paquetes cerrados con lo que no les interesa tocar. Sólo que en este caso el paquete sale muy caro, pues tiene que pagar el precio de una tautología en aquello que parece ser el principio explicativo fundamental del sistema de la Biología contemporánea, la selección natural. Varios biólogos de primera línea (Waddington, Lewontin) han denunciado la cuestión diciendo que la evolución no puede permitirse ignorar el hecho de que las actividades (las "conductas", como suele decirse) tienen que ser el factor básico de la evolución. Como es sabido, algunos psicólogos, como Piaget, han hecho especial hincapié en este punto. La solución para evitar la tautología (como ha repetido Lewontin) es proporcionar siempre definiciones independientes respecto a la reproducción para cada forma o rasgo adaptativo. Después habrá que comprobar que ciertamente una adaptación mejor correlaciona con una mayor eficacia reproductiva.

Pues bien, nosotros tomamos esa orientación y supusimos que la selección natural exige precisamente un ámbito independiente para la definición

de los rasgos adaptativos conductuales. Ese es el papel de la Psicología y, concretamente, del estudio del Aprendizaje tal como lo inició Thorndike en 1898, diseñando situaciones donde la adaptación concreta tiene que producirse y donde toda referencia al esquema evolutivo y a la selección se rompe. Si en Thorndike quedaba aún algún lazo (los instintos, la satisfacción), el Conductismo produjo la ruptura total. Por lo tanto, y paradójicamente, el alejamiento de la Biología evolucionista estaba siendo aquí la mejor condición para respetar las exigencias de la selección natural y además fundamentaba la independencia de la Psicología como ciencia.

La solución parecía perfecta e inducía a múltiples reinterpretaciones históricas. Por ejemplo, la condición de independencia que de derecho le asiste a la Psicología según este esquema, permite poner en duda la tan extendida afirmación de que Darwin es el padre de casi todo lo que ha ocurrido en Psicología. Esta paternidad se ha afirmado al menos de la Psicología Comparada, del Aprendizaje, de la Psicología Genética (o Evolutiva), de la Diferencial, de la Psicopatología... Frente a esto cabía pensar que los desarrollos de la Psicología podrían haber sido tanto más válidos cuanto más autónomos hubiesen sido de todo enfoque evolucionista en el sentido biológico estricto. A menos que se supusiera como más válido algún otro esquema de la evolución que no exigiera, como hace la selección natural, la independencia en el estudio y la definición de los rasgos o adaptaciones conductuales. Nunca -ni aún ahora- encontramos argumentos para desbancar a la Teoría de la Selección Natural.

De entre las disciplinas supuestamente herederas de Darwin las que más nos interesaban eran, por supuesto (dados los puntos de partida), la Psicología Comparada y el Aprendizaje. Respecto a la primera no cabe duda de que surgió del propio Darwin, pero teníamos delante multitud de datos históricos como para reconocer su inviabilidad y su defunción (la que certificó Beach en su artículo de 1950, "The snark was a boojum"). Su defunción era además la puerta de entrada a la T. del Aprendizaje, cuya existencia se presentaba ahora más bien como el producto de la ruptura con Darwin que como su herencia. ¿Quién puede retroceder ante conclusiones tan bien fundadas?

Le llegó el turno a la Psicología Genética, uno de los candidatos más claros a aparecer como prolongación de la obra de Darwin. Aquí la revisión produce efectos sorprendentes y que siguen siendo (después de haber abandonado nuestra postura) del máximo interés. En efecto, lo primero que se advierte al poner entre paréntesis el prejuicio de la herencia darwiniana es que se puede empezar a respetar el carácter independiente y previo de los temas y los esquemas básicos de la Psicología genética: lo es el método de los diarios infantiles, promovido por los filantropistas alemanes (por Campe), las primeras formulaciones del principio ortogenético de Werner-Kaplan (en Herder, Goethe, Carus), y todo un conjunto de cuestiones que plantean la idea de "recapitulación" de la filogenia por parte de la ontogenia. El principio de la recapitulación es central porque constituyó el marco clave para todo el desarrollo de la inicial Psicología Genética (Stanley Hall, Sully, Freud). Por supuesto que esta es ya una época darwiniana o post-darwiniana, pero la recapitulación provenía de la Filosofía Natural alemana y Darwin se opuso siempre a ella. Preyer mismo, quien se consideraba un darwiniano, es heredero

de esta filosofía, y su interpretación del esquema evolutivo es absolutamente contrario a la teoría de la selección natural. Preyer sigue a von Baer (enemigo declarado de las tesis evolucionistas) y desarrolla bajo su inspiración una perspectiva embriológica que acabaría teniendo una gran influencia en Norteamérica a través de Carmichael o Gessell. Esta línea maduracionista, muy importante en la historia de la disciplina, apenas si tiene contacto con los problemas de la filogénesis.

Darwin, por tanto, difícilmente podría ser considerado como padre de la Psicología Genética a pesar del diario de observaciones de su hijo. En efecto, en esta obra no hay ningún aspecto verdaderamente genético (ontogénico): se limita a ver la expresión de la filogenia por la presencia de gestos o reacciones innatas, pero no se plantea nada en términos de desarrollo infantil.

Nuestro esquema seguía cuadrando y reinterpretando materiales históricos. No obstante, en la Psicología Genética asomaban ya algunas anomalías. El postulado de la necesaria independencia para interpretar bien el esquema de la selección natural parecía -y parece- irremediable. Pero poco a poco fuimos viendo lo precipitado de las conclusiones que habíamos sacado de él. En la propia Psicología Evolutiva, por ejemplo, estábamos viendo cada vez mejor que las vías no tenían que ver directamente con Darwin pero tampoco eran independientes de los planteamientos acerca de la evolución. Aunque la inspiración provenga de más atrás, la Psicología genética cuajó como disciplina a través de un esquema que era evolucionista aunque no fuera darwiniano, la teoría de la recapitulación que hacía un amplio uso del lamarckismo. Esto es importante porque empuja a estar ya siempre sobre aviso de un error que por descuido cometen con frecuencia los historiadores: cada vez que se habla de evolución o de adaptación a partir del XIX, se piensa que está por detrás Darwin y este es un desliz que provoca enormes tergiversaciones porque impide la reconstrucción adecuada de innumerables secuencias históricas.

Curiosamente, pues, (y he aquí otra paradoja) el uso de esquemas evolucionistas que a la larga resultarían inadecuados (lamarckismo, Teoría de la Recapitulación) fue más productivo para algunas disciplinas que el uso del que ha terminado revelándose más adecuado. Por lo tanto cabía pensar que los problemas del momento derivaban de algo que hacía de la selección natural un inconveniente más que una ayuda para encajar en él los problemas de la conducta. Esto cuadraba con otra anomalía que habíamos encontrado y que era la obra misma de Baldwin, una pieza clave, si no en los orígenes, sí en el futuro de la Psicología Genética. Baldwin fue consciente (quizás el único) de los peligros en la interpretación de la selección natural y de las ventajas que había proporcionado el esquema lamarckiano de la recapitulación a pesar de ser insostenible. Por eso propuso, siguiendo a Morgan, el esquema de la "selección orgánica". De nuevo la influencia de Morgan (de la Psicología Comparada), como en el caso de Thorndike, pero ahora siguiendo una vía diferente que no rompía con los problemas de la Biología evolucionista ni con la selección natural y que además mostraba un camino de corrección a las tendencias neo-darwinistas (geneticistas) de la época. Esto, como es lógico, rompía la coherencia de nuestro esquema y obligaba a replantearlo casi todo.

Es cierto que la orientación de Baldwin desapareció muy pronto de la psicología norteamericana. No creemos que fuera por los episodios personales ahora bien conocidos. Las cosas iban por otro sitio en su país. Pues lo significativo no es tanto su desaparición personal cuanto el rápido triunfo de posiciones muy alejadas a las suyas, las de Thorndike y el conductismo, cuya coherencia era grande y se libraban de problemas que parecían irresolubles. Pero lo cierto es que Baldwin significa, a pesar de su falta de éxito inmediato, una posibilidad que íbamos viendo cada vez más coherente a medida que revisábamos las implicaciones de la selección natural, su historia, y las consecuencias que habíamos sacado del postulado de independencia para aplicarlas al desarrollo de la Psicología del Aprendizaje.

Todo empezó a cuadrar entonces mucho mejor, sobre todo al tener en cuenta el fracaso del Conductismo en el mantenimiento de su originaria y aparente coherencia. Me refiero, claro está, a la crisis del Conductismo y concretamente a su inaceptable recuperación de los instintos (las "conductas específicas" de los Breland o las "contingencias filogenéticas" reconocidas por el propio Skinner para después no saber qué hacer con ellas. El fracaso va, por supuesto, mucho más allá de estos dos ejemplos).

Nuestra reconstrucción, que sólo puedo resumir, reconoce que definir independientemente un rasgo adaptativo no supone tener que hacerlo fuera del marco de la selección natural. Otra cosa es que las interpretaciones de dicha teoría no hayan sabido recoger intuiciones como las de Baldwin, fallo aplicable no sólo a los Psicólogos sino también a los biólogos. Bien es verdad que eran los psicólogos quienes deberían haber proporcionado una teoría coherente de las actividades ontogenéticas para que los biólogos hubiesen podido engazarla, en una verdadera síntesis evolutiva, con los desarrollos provenientes de la genética y otras disciplinas biológicas. La Teoría psicológica en términos de "conducta" no les sirve para esos fines porque, una vez eliminado el instinto, buscaron una vía pragmática de experimentación sin intentar una alternativa. Por eso han podido legar a los biólogos (a los etólogos) buenos instrumentos técnicos, pero nada más. No es que el conductismo sea una larga equivocación de la Psicología que haya que borrar: es un período técnico, asentado en una ideología pragmática que utiliza para desentenderse de sus propios problemas originarios hibernándolos. Ha bastado que la etología calentara de nuevo el ambiente de la Psicología Comparada para que reaparecieran poco más o menos como estaban.

Lo que ha ocurrido, pues, visto desde ahora, es que no han sabido concretarse las exigencias impuestas por Darwin a través del esquema de la selección natural. Las raíces de la dificultad están ya en el propio Darwin y su teoría del instinto. Este concepto es contradictorio y la Psicología del Aprendizaje no supo librarse de él presentando una alternativa, sino que solamente lo relegó, relegando con él el problema selectivo. No es verdad que la caída del lamarkismo mostrase la imposibilidad de una Psicología Comparada al eliminar el lazo entre ontogenia y filogenia. La obra de Baldwin es la mejor contraprueba. De hecho, la Psicología Comparada (a pesar de Beach) no desapareció. Siguió existiendo más o menos larvada o abiertamente en muchos casos (Yerkes, Nissen, Schneirla, Kuo, Craig, Wheeler, Warden, Washburn,

Moss, por citar sólo a unos cuantos americanos, es decir, del país donde, según los historiadores, desapareció). En Europa se mantuvo y dio lugar ya en los años 30 a la Etología.

Nuestro esquema actual supone, por tanto, que los errores históricos aún no saldados son el concepto de "instinto", la mala interpretación de la selección natural (geneticismo) y la desviación pragmatista del conductismo, destinada a hacer como si los problemas no existieran. Esto pone en relación dos hechos históricos diferentes: el dominio del geneticismo en los biólogos dio lugar a la Etología, es decir, a la recuperación del concepto de "instinto" (Lorenz). Pero ello ocurrió además porque el esquema pragmático del conductismo no había sabido proporcionar una alternativa. Eso explica que sus limitaciones internas le hicieran regresar al instinto.

Podemos reconstruir, entonces, nuestra actual perspectiva teórica del modo siguiente (que es, por tanto, nuestra condición para el sentido de la Historia):

La viabilidad de la irremplazable Psicología Comparada depende tanto de la crítica definitiva al concepto de "instinto" (por contradictorio) como al concepto de "conducta", que es una huida de los problemas. Sólo a partir de aquí se conseguiría una recuperación de lo que consideramos más revolucionario y decisivo en la Teoría de la Selección Natural desde que se formuló. Dicho de otra manera, hay que impedir cualquier concepto que determine mecánicamente las actividades funcionales (psicológicas) desde la herencia (la filogenia) aunque sin librarse del factor hereditario, que es una exigencia legítima e irrenunciable del esquema.

Por eso, las actividades psicológicas no pueden heredarse, aunque sí se hereden los instrumentos (mecánicos) con los que se realizan tales actividades. Es incongruente hablar de "conductas heredadas", ante todo, porque es incongruente el propio concepto de "conducta", definido para hacer una "caja negra" con el organismo y, por tanto, con la filogenia entera. Su definición en términos de movimientos impide discriminar en las actividades de los organismos entre lo que es, por una parte, función ontogenética, es decir, las estrategias mediante las cuales el organismo hace uso de los mecanismos filogenéticos y, por otra, esos mecanismos en sí, que no son otra cosa que los rasgos morfofisiológicos heredados.

Por lo tanto, la actividad psicológica del organismo consiste siempre en poner a prueba una dotación genética para llevar a cabo en la competencia las funciones biológicas de adaptación. Los éxitos o fracasos (en términos de balance costes/beneficios) determinarán el cambio de las estrategias (el aprendizaje). Ocurre entonces que es la propia función psicológica, ontogenética, lo que se convierte en el principal factor selectivo, lo que ordena internamente y da sentido a las secuencias adaptativas filogenéticas. Por eso la Teoría de la Evolución estará incompleta en tanto la Psicología no formule las leyes que rigen la economía de esta actividad funcional. Para ello, tendrá que ser sensible a los problemas en los que irremediamente está metida, asumiendo su destino de ser Psicología Comparada, en vez de psicología de la mente o psicología de la conducta (o un estéril híbrido de ambas).